

La identidad nacional en el Estado democrático multicultural

JOHN REX*

Resumen: En la actualidad se afirma con frecuencia que los Estados-nación europeos sufren una crisis de identidad. Esto resulta novedoso en el sentido de que en el modelo clásico de nacionalismo, a tales Estados-nación se les ha representado como símbolos de los valores modernos y universales. Sin embargo, ahora tienen que autodefinirse tanto en relación con los nuevos inmigrantes como en relación con las organizaciones supranacionales. Este artículo considera, en primer lugar, el concepto de identidad en los modernos Estados liberales y socialdemócratas; en segundo, la complejidad de las identidades de las minorías étnicas inmigrantes durante su proceso de asentamiento y, en tercero, los ajustes realizados dentro del Estado-nación a este aparente choque de identidades. Una sección final considera el refuerzo a las identidades nacionales cuando los Estados-nación tienen que tratar con organizaciones supranacionales.

Abstract: The nation states of Europe are frequently said nowadays to be suffering a crisis of identity. This is a new development in that in the classic model of nationalism these nation states were represented as standing for modern and universal values. Now, however, they have to define themselves both in relation to new immigrants and in relation to supra-national organisations. This paper considers first the concept of identity in modern liberal and social-democratic states, then that of the complex identities of immigrant ethnic minorities during their process of settlement and, thirdly, the adjustments made within the nation state to this apparent clash of identities. A final section considers the reinforcement of national identities when nation states have to deal with supra national organisations.

SURGIMIENTO DE UNA CRISIS DE IDENTIDAD EN LOS ESTADOS-NACIÓN DE EUROPA Y NORTEAMÉRICA

HASTA HACE POCO TIEMPO, QUIZÁS 30 o 40 años, los europeos occidentales y los norteamericanos no hablaban mucho de la identidad nacional. Consideraban que sus Estados estaban al servicio de objetivos de tipo universal, reflejados en la filosofía política europea occidental. Sin embargo, en la actualidad esta complaciente autosatisfacción enfrenta dos dificultades. Por una parte, los Estados-nación pertenecen a entidades supranacionales como la Unión Europea, o están atrapados de manera más general en un proceso de globalización en el que participan instituciones económicas internacionales e imágenes de los medios internacionales de comunicación; por otra, han tenido que enfrentarse a un intenso proceso de inmigración de grupos minoritarios que tienen sus propias formas de cultura y de organización social. En estas circunstancias, las naciones establecidas se

* Dirigir correspondencia al Centre for Research in Ethnic Relations, Universidad de Warwick, Coventry CV4 7AL, RU, tel.: Reino Unido 1203 523969; fax: Reino Unido 1203 524324, o a: 33 Arlington Avenue, Leamington Spa, Warwickshire, CV32 5UD, RU, tel.: Reino Unido 1926 4258 81.

han visto obligadas a preguntarse si tienen una identidad propia y distinta, que las fuerzas de la globalización y la emigración ponen en riesgo. El nuevo nacionalismo es, en esencia, una cultura de resistencia contra dichas fuerzas.

Este nuevo tipo de nacionalismo tiene particular fuerza en Francia, patria del nacionalismo jacobino modernizador, así como en los Estados Unidos de América, donde los inmigrantes anglosajones crearon una nueva sociedad que profesa objetivos universales.

Frente a una inmigración creciente de minorías relativamente extrañas desde el punto de vista cultural, y con su absorción en una entidad europea más grande, los científicos sociales franceses formularon dos preguntas: ¿las nuevas identidades que presentan los inmigrantes le plantean un problema a la identidad nacional francesa?, e ¿intentarán los nuevos inmigrantes, mediante sus organizaciones transnacionales, tratar directamente con las organizaciones supranacionales, socavando la soberanía del Estado francés? Éstas fueron, desde luego, algunas de las preocupaciones políticas centrales de la derecha de Le Penn, pero también se reflejaron en el pensamiento de los científicos sociales liberales y socialistas que trataban de elaborar una sociología adecuada del nacionalismo.

En los Estados Unidos se manifestaron preocupaciones equivalentes. Allá, uno de los exponentes más destacados del pensamiento político liberal estadounidense, Arthur Schlesinger Jr. (Schlesinger, 1992), vio un peligro de “desunión en los Estados Unidos”, partiendo del hecho de que la cultura política europea original de lengua inglesa, mediante la cual se unieron muchas naciones, ahora se veía amenazada por las nuevas ideologías secesionistas radicales de los afroamericanos y por el crecimiento del castellano como segunda lengua. De acuerdo con Schlesinger, para que la sociedad norteamericana continuara, ésta dependía de la permanencia de las instituciones esencialmente europeas y del dominio de la lengua inglesa.

Semejantes posiciones, tan fuertes en Europa occidental y en los Estados Unidos, reflejan el nuevo nacionalismo pero, como son de índole ideológica, hace falta que los sociólogos analicen la realidad social y política de lo que en verdad está sucediendo. En este trabajo trataré de llevar a cabo dicha tarea en tres apartados: 1) el carácter del moderno Estado benefactor democrático y la identidad de la ciudadanía; 2) el carácter de la movilización étnica entre los grupos minoritarios, y 3) los tipos de instituciones y las clases de política que surgen para hacerse cargo de las relaciones entre las naciones receptoras dominantes y las minorías.

LA IDENTIDAD EN LOS ESTADOS BENEFADORES DEMOCRÁTICOS MODERNOS

Ernest Gellner (1983) nos enseñó a considerar a las naciones modernas y al moderno Estado-nación como productos de las sociedades industriales, en comparación con las de carácter tradicional. Se trataba más que nada de la corrosión de las etnicidades existentes y de la creación de una nueva sociedad fundada en la ciudadanía y apoyada en un sistema de educación universal. T. H. Marshall (1950) aportó

una noción complementaria, según la cual, en la medida en que las clases trabajadoras alcanzaran derechos sociales universales, además de sus derechos jurídicos y políticos antes conquistados, la identificación con la ciudadanía sería un vínculo más fuerte que el de la clase social.

Resulta evidente que estos puntos de vista tienen muchos méritos, pero hace falta formularlos desde una óptica estructural más clara. Su supuesto central es que las instituciones del mercado y la política estructurada burocráticamente se han separado y liberado de las formas anteriores de control moral y social. Es más, dichas instituciones requieren de transformaciones en sectores tales como el de la enseñanza, que servirá de base a las instituciones económicas y políticas. El Estado, como agente de la nueva nación, también tiene que afirmar su control respecto al idioma y la religión que, como la propia economía, se ramifican más allá de los confines territoriales del Estado-nación. Éste busca naturalmente crear una autarquía económica; el idioma del grupo dominante adquiere condición oficial como lenguaje de los asuntos del Estado, y la jerarquía sacerdotal tiene que subordinarse al control político.

Este tipo de unidad funcional también tiene que vérselas, de acuerdo con cualquier tipo de análisis marxista o *cuasi* marxista, con los intereses conflictivos de grupo en la economía. Según Radtke, que ha producido uno de los análisis socialdemócratas más claros sobre este problema (Radtke, 1994), el moderno “Estado benefactor socialdemócrata” supone un pluralismo de los intereses en conflicto, que dicho Estado trata de reconciliar mediante la negociación y las concesiones. Es más, nosotros mismos hemos sostenido (Rex y Drury, 1994; Rex, 1996) que las sociedades democráticas modernas tenderán a crear instituciones que por lo menos aseguren la igualdad de oportunidades, pero también en cierta medida igualdad de resultados para el individuo en el mercado y en la organización política.

A este conjunto de instituciones lo denomino “cultura política compartida del dominio público” cuando se trata de Europa occidental; sin embargo, hay instituciones parecidas que tienen peculiar fuerza en los Estados Unidos. Aunque la sociedad norteamericana se funda en la liberación de las fuerzas del mercado en un grado mucho mayor que en el caso de Europa, también existen instituciones jurídicas distintas en el Tribunal Supremo y en los tribunales subordinados, que pretenden resolver los intereses en conflicto de modo que se promueva no sólo la libertad del mercado sino también la igualdad.

Sin embargo, la referencia que hacemos a la cultura política compartida del dominio público puede conducir a error. “Cultura” es una palabra ambigua y a menudo se refiere a formas de vida que tienen poco que ver con el mercado. Una sociedad nacional, como hemos indicado, tiene su propia religión controlada por el Estado y un lenguaje oficial, pero también tiene sus propias tradiciones literarias y artísticas, su propia cocina, sus propios deportes y toda una variedad de costumbres y de acuerdos familiares que la distinguen de otras sociedades. La cultura nacional en este sentido no está por completo a merced de las fuerzas de la modernización. Si

bien la modernización exige que haya instituciones jurídicas, económicas, políticas y de enseñanza de cierto tipo, esta cultura nacional distintiva es probable que sea mucho más resistente al cambio.

Por lo tanto, lo que se denomina "identidad" de una nación moderna se refiere por lo menos a dos cosas. Por una parte, alude a las principales instituciones que estructuran la economía y la organización política; por otra, se refiere al "estilo de vida", en un sentido más local y comunitario, que practican los grupos dominantes. Un funcionalismo sociológico dogmático alegraría que estos estilos de vida deben continuar y responder a las presiones de la economía y la política, pero está claro que en realidad dichos estilos tienen al menos una independencia relativa. Paradójicamente, si bien ocurre que la modernización depende de la liberación de las instituciones económicas y culturales respecto del control moral y comunitario, en una economía y una organización política modernas y establecidas los valores morales, sociales y culturales pueden liberarse de las fuerzas del mercado y tener vida propia.

El tipo de conciencia colectiva generada por los "estilos de vida" en ocasiones se denomina "etnicidad o identidad de grupo", y Anthony D. Smith (1986) nos recuerda que un Estado moderno no es por necesidad producto de algún proceso abstracto de modernización, sino que bien puede ser el medio por el cual un grupo étnico organizado lateralmente afirma su dominio sobre otros individuos y grupos.

Aquí cabe señalar también la posibilidad de que no sea un solo grupo étnico el que gobierne al Estado moderno, sino que haya diversos grupos en competencia tratando de ejercer dicho control. Éste es a todas luces el caso de Quebec, en América del Norte, donde compiten dos naciones denominadas fundadoras, mientras que en Europa existen Estados claramente multinacionales en Bélgica y Suiza. También existen algunos países en los que se afirma la etnicidad horizontal. En algunos casos extremos, las etnias subordinadas se resisten contra la autoridad del Estado nacional, aun negándole el monopolio de la violencia legítima que Weber (1968) consideró la característica que define al Estado. El extremo de la resistencia violenta está representado de forma más patente en el caso de los republicanos "católicos" de Irlanda del Norte y los vascos de España. En el otro extremo hay grupos que simplemente mantienen su propia cultura étnica, y en medio están los casos en que una entidad étnica subnacional, o lo que Guibernau (1995) ha decidido llamar "nación sin Estado", acepta algún tipo de autonomía política. Además, es inevitable que en esta gama haya muchos casos en los que los dirigentes de tales subnacionalismos varíen en cuanto al grado en que están dispuestos a aceptar esos acuerdos o a defender algún tipo de resistencia violenta.

A estas alturas haría falta una mayor consideración sobre el significado exacto de la palabra "identidad", tan ampliamente utilizada. En realidad, todo lo que suele mencionarse al hablar de "identidad del Estado moderno" es la forma como se diferencian sus miembros entre ellos mismos y cómo consideran a su Estado respecto de otros Estados y a los integrantes de aquél. Se trata de un asunto puramente cognoscitivo que alude a la manera en que se diferencian las entidades en el mundo social,

pero la palabra también se entiende a menudo como un apego afectivo y un sentimiento de pertenencia de índole semisagrada. El problema consiste en aclarar, en cualquier caso, dónde surge semejante noción de permanencia en el Estado-nación modernizador.

Como ya se ha visto, la noción de ciudadanía por sí misma no incluye este significado, por eso se opone con frecuencia a la de etnicidad. Sin embargo, hay tres formas en que los integrantes adquieren cierto sentido de pertenencia. Primero, al establecer una diferencia entre su Estado-nación y su estilo de vida respecto de otros Estados-nación y sus correspondientes estilos de vida. Semejante distinción es denigrante, pues la nación propia se compara favorablemente con otros Estados-nación desde un punto de vista moral o estético. Segundo, la ideología del nacionalismo indica que ser miembro de la nación tiene una importancia moral mayor que la de clase. La ideología nacionalista de hecho compite en sus reclamos morales con la creencia marxista en la importancia histórica y moral de la conciencia de clase. Por eso el nacionalismo es el principal competidor del marxismo en el siglo XIX al reclamar lealtad.

Tercero, cualquier identificación moral con el Estado-nación se acentúa en gran medida con la guerra y con otras formas de competencia respecto a otros Estados-nación. La solidaridad de la nación en tiempos de guerra añade a la noción de ciudadanía, como mero asunto cognoscitivo, un fuerte elemento moral. Este sentimiento de solidaridad también está entrelazado con los estilos de vida que ya se mencionaron. Compartir un estilo de vida con otros miembros del Estado-nación, a la par que la experiencia de la solidaridad en tiempos de guerra, sirve para hacer del apego a la nación algo afectivo, moral y sagrado. Cuando ese Estado-nación queda englobado en entidades supranacionales (como la Unión Europea), este apego afectivo y la defensa de los intereses nacionales produce una cultura de resistencia contra estas entidades supranacionales.

Si bien se reconoce que el concepto de identidad nacional tiene que ser complejo incluso en los Estados más modernos, con todo, hace falta considerar lo que supone para dichos Estados modernos afrontar la llegada de inmigrantes. Sin duda éste es el caso de Europa occidental, donde hay grupos diversamente estimados de migrantes económicos y políticos, con cuyos hijos es probable que asciendan a más de veinte millones, y el de los Estados Unidos, que en 1996 aceptaron a más de 720 000 inmigrantes legales y a un número indeterminado de ilegales. Ahora es necesario ver cómo se movilizan estos grupos y qué dificultades o riesgos plantean a la identidad del nacionalismo.

LA MOVILIZACIÓN ÉTNICA DE LOS GRUPOS MINORITARIOS DE INMIGRANTES

En su desenvolvimiento sistemático, la teoría de Estados-nación, naciones, nacionalismo e identidad nacional en conjunto no ha logrado ofrecer una explicación adecuada de los tipos de estructura y de conciencia que existen entre las comunidades

de migrantes. Se ha tratado sobre todo de acomodarlos en los conceptos de diáspora y de nacionalismo de diáspora. Vistas de esta forma, las comunidades de migrantes se consideran naciones dispersas que han padecido algún acontecimiento traumático en su tierra natal y viven temporalmente en otros países, donde han buscado refugio, pero cuyo objetivo principal es volver a su patria cuando se haya modificado la situación política.

Nadie negaría que existen comunidades de diáspora de este tipo. Históricamente la más importante ha sido la de los judíos, pero esta palabra se ha utilizado con provecho para los descendientes de los esclavos, transportados al Nuevo Mundo, quienes pretenden volver a África, y para otros grupos como los armenios. También se puede aplicar de manera menos estricta a grupos de migrantes políticos que se han visto obligados a salir de su tierra natal por persecuciones o por una situación de guerra civil, que podrían volver, aunque las posibilidades económicas de permanecer en forma definitiva en los lugares que los han acogido como inmigrantes también sean atractivas. Pero asimismo está claro que hay muchos grupos de migrantes a los que, lejos de querer volver a sus países, les interesa más que nada salir de ahí y establecerse en sociedades donde sean mejores las condiciones de lo que podrían llegar a ser jamás en sus lugares de origen.

Las comunidades de migrantes transfronterizos son el caso más simple de esta situación, por ejemplo los del sur de Europa que pasan al noroeste de esa región, los irlandeses en la Gran Bretaña y los migrantes mexicanos o chicanos en los Estados Unidos. Estos inmigrantes transfronterizos tienen posibilidades de mantener relaciones estructurales con sus familias y comunidades que permanecen en sus lugares de origen, aunque algunos de ellos lleguen a integrarse por completo en los países donde se establecen. Es probable que muchos de estos migrantes guarden una doble lealtad a su nación de origen y a la nación donde se asientan, a la vez que pueden participar en asociaciones que luchan por conquistar la igualdad, en particular en lo que respecta a la instrucción de sus hijos en los países receptores, y también es probable que algunas organizaciones religiosas y políticas promuevan estas mismas asociaciones, así como el gobierno del país de origen. De esta manera, la Iglesia católica, el Partido Comunista y el gobierno portugués a menudo impulsaron las asociaciones de inmigrantes portugueses en Francia (Rex, Joly y Wilpert, 1987).

Esta migración transfronteriza se debe tanto a los factores de atracción como a los de impulso que conducen a la migración política. Con todo, puede haber otro atractivo para migrar hacia lugares más lejanos y lucrativos. Éste es sin duda el caso de los migrantes portugueses que a menudo se han mudado a países como Canadá y a otros territorios. Es mucho más evidente en el caso de los migrantes de la India, Pakistán y Bangladesh que se trasladan a la Gran Bretaña, y directamente o por este país, a los Estados Unidos. Algunos integrantes de las diversas subcomunidades de estos emigrantes del sur de Asia pueden llegar a sentir que pertenecen a comunidades transnacionales dispersas por todo el mundo, desde Fiji hasta California. El problema es cómo conceptualizar a las comunidades transnacionales.

Debe señalarse primero que la unidad básica a la cual una persona siente apego es a una familia extensa que está tratando de mejorar su situación económica. Sin embargo, lo segundo que cabe señalar es que ante la competencia existente en el extranjero, estas familias también pueden considerar que entre otras familias que compiten, los marcadores de la religión, la lengua y las costumbres compartidas pueden ser útiles para indicar que algunas de las otras familias extensas que entran en la competencia también son sus posibles aliados para iniciar una acción colectiva en los países donde se establecen. Esto no necesariamente significa una organización bien estructurada de la comunidad de inmigrantes de acuerdo con las características étnicas; quiere decir en cambio que las personas tienen conciencia de los confines étnicos. Es muy probable que además refuercen estos límites marcando los momentos críticos de la vida familiar —el nacimiento, el matrimonio y la muerte—, en el ámbito de las organizaciones religiosas y en sus propias iglesias, templos o mezquitas.

Una comunidad de este tipo tiene tres puntos de referencia: uno es con la tierra de origen, y suele haber algún mito sobre el regreso. El segundo es la relación con el lugar de asentamiento, donde tendrán que luchar contra el hecho de ser tratados como inferiores, debido a sus características raciales o de color, así como por su distinción cultural. El tercero es con los posibles países de futuro asentamiento.

Respecto a la tierra natal, estos emigrantes mantendrán contacto con los parientes que viven ahí, los irán a visitar, mandarán a sus hijos como parte de su educación, enviarán remesas de dinero y podrán tratar de comprar en ella alguna propiedad y, no menos importante, seguirán interesándose activamente en la política de su lugar de origen, utilizando a menudo la libertad relativa del lugar donde se han establecido para llevar adelante causas políticas reprimidas en sus propios países. Este interés político sostenido y los conflictos internos que genera pueden ser importantes para estructurar a la comunidad de emigrantes en subgrupos que compiten entre sí.

El interés en la tierra natal indica a algunos observadores que se trata de diásporas, o por lo menos que dicho interés es el que, más que todos los demás, estructura a la comunidad y constituye su principal *raison d'être*. Sin embargo, tal parecer no toma en cuenta que estas mismas comunidades también se organizan para participar activamente en el lugar donde se han establecido.

En este lugar su principal objetivo es beneficiarse todo lo posible de la participación en instituciones locales, lo cual significa que la comunidad luchará por la igualdad y contra el “racismo”, y que recurrirá a su organización étnica en esta lucha. También ocurrirá que durante varias generaciones, la comunidad étnica constituya un hogar psicológico y afectivo que ofrece cierto grado de seguridad en condiciones de relativa desintegración social. De esta manera, cualquiera que sea su orientación en su país natal, la comunidad también se estructura a partir de su movilización en esta lucha por la igualdad en un Estado-nación moderno.

Con todo, hace falta señalar que en tal lucha existe una paradoja porque, si tiene éxito, los miembros de la comunidad, y más particularmente la segunda generación,

pueden adoptar nuevas lealtades y asimilarse a la nación moderna donde se han establecido. En la medida en que esto ocurra, la comunidad perderá algunos de sus integrantes.

Respecto al problema de la pérdida de miembros de la comunidad está el de la relación entre las comunidades étnicas y las organizaciones políticas de los naturales del país de residencia. De esta manera, en ocasiones la comunidad puede proceder colectivamente o por separado, pero también existe la posibilidad de unirse a las organizaciones locales y apoyarlas. Entre estas dos posibilidades, sin embargo, existe otra, la más frecuente, es decir, unirse a esas organizaciones pero formar facciones en los partidos y sindicatos que, si bien proporcionan un amplio apoyo a la organización a la que se han unido, permiten a las minorías étnicas defender sus propios intereses especiales.

La consecuencia de lo antes mencionado es que no estamos ante un enfrentamiento entre el moderno Estado-nación y las comunidades étnicas tradicionales, sino más bien ante una relación entre ese Estado y las comunidades y culturas que están modificándose constantemente y contienen sus propios elementos internos de modernización.

Por último, sin embargo, existe la posibilidad de volver a emigrar. Esto, aunado a los vínculos con el país natal, supone una atracción contraria a la del Estado-nación moderno. El emigrante tiene una opción que no está al alcance de las clases bajas de este Estado. Se trata de ir a cualquier otra parte, lo cual fortalece la postura de negociación del emigrante. Si bien no cabe duda de que las personas de la clase trabajadora también han tenido la opción de emigrar, esta posibilidad se ve fortalecida, en el caso de las comunidades transnacionales de emigrantes, por la existencia de marcadores étnicos respecto de los límites que no sólo abarcan el país de residencia actual, sino también el de emigración futura.

A partir de todo lo anterior debe quedar claro que la movilización de las comunidades étnicas de migrantes no significa simplemente mantener una cultura extraña en una forma tradicional invariable y bajo un liderazgo tradicional. La comunidad internamente está diferenciada de muchas maneras y conformada por las tareas que lleva a cabo en múltiples frentes. Toda explicación adecuada de la movilización étnica de estas comunidades tiene que ocuparse plenamente de dicha variedad.

Hay que añadir otra reflexión sobre los emigrantes políticos que huyen de sus países debido a la guerra civil o al derrumbe económico, como hemos presenciado recientemente en Europa del Este y en la antigua Unión Soviética, así como sobre los genuinos buscadores de asilo que corren peligro de persecuciones personales. Algunos de estos emigrantes lo serán en efecto por razones económicas y estarán sujetos a muchas de las limitaciones y tendencias que hemos venido discutiendo, pero en el otro extremo están los que sencillamente buscan protección para sobrevivir. Respecto a estos últimos habrá una infinita variedad de situaciones según la gravedad de la ruptura de los vínculos con los parientes y el país natal.

LA RELACIÓN DEL ESTADO-NACIÓN MODERNO CON LAS MINORÍAS QUE INGRESAN

Frente a estas minorías que ingresan, el Estado-nación puede adoptar una de cuatro opciones políticas. Tratará de impedirles entrar o de atacarlos; los aceptará como residentes temporales sin derechos políticos; los recibirá, pero podrá exigir que abandonen su propia cultura y sus organizaciones, o tratará de integrarlos en una sociedad que se considera multicultural.

La primera de estas medidas es la que apoya la extrema derecha. Esto significa defender un mercado de trabajo protegido, así como rechazar los estilos de vida de las minorías extranjeras. Las presiones de este grupo han hecho surgir partidos como el Frente Nacional en Francia, el Vlaamse Blok en Bélgica y el partido de los Haider en Austria, así como otros con menos éxito en varios países europeos, capaces de congregarse una significativa representación minoritaria en los parlamentos. Con todo, lo más importante es que su existencia obliga a los principales partidos políticos a modificar sus propias políticas en sentido excluyente.

El realismo económico ha obligado a muchos países a aceptar la necesidad de importar mano de obra extranjera, pero a negar a los trabajadores que llegan de fuera la ciudadanía política. Esto significa que son residentes de segunda clase o lo que Hammar ha llamado *denizens** (Hammar, 1983). Este planteamiento figura con claridad en el sistema *gastarbeider* alemán. En estos casos, las organizaciones religiosas y sindicales pueden tratar de asegurar que, cuando no tengan derechos jurídicos ni políticos, por lo menos se les otorguen algunos de los derechos mencionados por Marshall. Los derechos no se protegen mediante el poder de las propias organizaciones de emigrantes, sino por medio de acciones paternalistas de parte de las organizaciones del país.

Una versión de esta política menos favorable para los inmigrantes es la que ocurre cuando se tolera cierto tipo de inmigración ilegal, porque resulta necesaria para ciertos empleos industriales y de otro tipo. Esto sucede en diversos países europeos, pero se ha hecho particularmente patente en la migración chicana en los Estados Unidos. Su expresión extrema está representada en la propuesta que se está estudiando en California de negarle escuela a los niños de los inmigrantes ilegales. Sin embargo, es más característico de este grupo en general que se le nieguen derechos sociales.

En Francia, cuando hay inmigración legal, se escoge la tercera opción como base de la política, es decir, la de asimilación. Lo anterior exige los mismos derechos para todas las personas y procedimientos relativamente fáciles de naturalización, pero con esto se desalentarán, no obstante, la cultura o la organización política de las minorías. En el plano social significa la exclusión de las culturas de las minorías de las escuelas, como ocurrió con el famoso incidente del *foulard*; si bien hay que señalar que esa exclusión también se aplica a los grupos religiosos de las mayorías, porque

* Palabra inventada que alude a la negación de la ciudadanía. N. de la T.

la educación tiene que ser laica. En el plano político no hay lugar para la política étnica y aun las organizaciones antirracistas como SOS Racisme y France Plus han sido patrocinadas por partidos de la izquierda local.

La opción multicultural reviste diferentes formas. En Suecia supone un esfuerzo especial de los responsables de la administración de los derechos sociales para asegurar que las minorías reciban un trato justo, y con ello viene el reconocimiento de un privilegio local. En los Países Bajos existe la famosa política de “pilarización” (*pillarization*)* originalmente creada para conciliar las diferencias confesionales cristianas de acuerdo con las cuales los católicos, los protestantes y los grupos laicos tienen sus propias instituciones de enseñanza, sus medios de comunicación y sus organizaciones sindicales. En la Gran Bretaña, aunque es un país señalado por una grave discriminación a partir del color de la piel, la política ha incluido, junto con otras medidas elaboradas para luchar contra la discriminación racial y contra la discriminación por el color de la piel, el reconocimiento y la tolerancia de la diversidad cultural.

En principio, todos estos Estados multiculturales afirmarían estar buscando promover la diversidad cultural al mismo tiempo que fomentan la igualdad, por lo menos en la esfera social. Con todo, muy a menudo la retórica de un multiculturalismo igualitario oculta la existencia del multiculturalismo basado en la desigualdad. De esta manera, los críticos franceses del multiculturalismo que se practica en Gran Bretaña afirman que oculta una política destinada a confinar a los inmigrantes en guetos, mientras que Wieviorka sugiere que la utilización misma de la palabra “etnicidad” sólo se presenta al tratar con inferiores (Wieviorka, 1994). Rath ha sugerido que en los Países Bajos la política multicultural en realidad supone un proceso de “minorización” en el que de hecho se marca a las denominadas minorías para recibir un trato de inferiores y en Suecia se ha sostenido que los acuerdos multiculturales de diálogo con los grupos de inmigrantes en realidad suponen negociaciones con dirigentes ancianos tradicionales y por lo general varones que el Estado trata de manipular de acuerdo con sus propios intereses (Schierup y Alund, 1990).

Todas estas posibilidades existen evidentemente, pero no significan que no pueda tomarse en cuenta una forma igualitaria ideal de multiculturalismo, la cual puede revestir una forma severa o más moderada.

En su versión severa los multiculturalistas sostienen que las principales estructuras de la sociedad y su cultura han de transformarse, y que habrá, y debe haber, una sociedad cuya cultura sea un nuevo tipo de amalgama que sustituya a la cultura nacional. Estos argumentos tienen una credibilidad superficial, porque es cierto que en el plano de los “estilos de vida”, según se discutieron en una sección anterior, se dan nuevos elementos que forman parte de la cultura nacional. El caso más sim-

* El término en inglés es una traducción de la palabra holandesa *verzuiling*, que hace referencia a la división de la sociedad holandesa en cuatro bloques dominantes: católicos, protestantes, socialistas y liberales.

ple y claro de lo anterior es el arte culinario, en el que la mayoría adopta ampliamente la cocina de los inmigrantes, pero también existe a todas luces una variedad de otros aspectos culturales que coexisten con la cultura nacional o se absorben en ésta, lo cual vale para las artes plásticas o la literatura, igual que para el deporte. Sin embargo, esto no quiere decir que las principales instituciones de la economía y de la organización política, y la presión por la igualdad en su seno, tengan probabilidades de modificarse de manera significativa. No pueden transformarse sin que deje de existir el Estado-nación modernizador.

La forma más moderada del multiculturalismo acepta que hay instituciones esenciales para el moderno Estado-nación, que serán por completo laicas o se basarán en valores comunes, pero al mismo tiempo reconoce que es válido ofrecer un reconocimiento limitado, por lo menos durante varias generaciones, a las vigorosas culturas de las minorías. Estas culturas tendrán dos importantes funciones para sus miembros y para la sociedad democrática. Por una parte, ofrecerán a las comunidades minoritarias un hogar psicológico y moral entre la familia y el Estado, que fue uno de los ideales sugeridos por Durkheim al distinguir entre una sociedad basada en la “solidaridad orgánica” y otra marcada por la desintegración social (Durkheim, 1964); por otra, mantendrán las organizaciones de las minorías, permitiendo a sus integrantes actuar colectivamente, y no como meros individuos, para luchar por sus derechos, así como las organizaciones de clase han sido en el pasado parte esencial del desarrollo de las democracias modernas.

Con todo, es previsible que las sociedades democráticas nacionales, pese a esta aceptación de las culturas y organización de las minorías, se preocupen por otros puntos de referencia que éstas tienen con el país de procedencia y las sociedades de posible emigración futura. Si les preocupa su propia seguridad tratarán de evitar que los inmigrantes sigan objetivos políticos referentes a sus países de origen, sobre todo si son de carácter violento. El problema en este caso es excluir la violencia en una sociedad democrática. Cualquiera que cometa asesinatos y actos terroristas debe prever que recibirá un grave castigo, aun cuando pueda considerarse héroe o heroína en la lucha política de su país natal. Sin embargo, esto no quiere decir que las minorías no deban tratar de influir en la política exterior del país de residencia mediante la persuasión pacífica, como cualquier otro ciudadano.

En cuanto a la orientación hacia otros países de posible emigración futura, mucho dependerá de lo permanente que la nación receptora considere la estancia de los inmigrantes. Si ésta se considera temporal y conveniente para la economía, lo cual puede ser el caso en las sociedades multiculturales, como las de tipo *gastarbeider*, la existencia de esta otra opción puede ser un asunto de conveniencia mutua para las minorías y el Estado. Si, no obstante, la presencia de inmigrantes se considera una ventaja económica para la sociedad receptora, el interés principal sería hacer la estancia de dichos inmigrantes tan permanente como fuera posible y esforzarse para asegurar que el inmigrante tenga acceso a la plena ciudadanía en los aspectos social, cultural y político. De esta manera, en lo que se refiere a la educación, por ejemplo,

se harían todos los esfuerzos para asegurar que se adquirieran ideas y conocimientos modernos, por mucho que se promuevan las culturas de la minoría en el sistema.

Otros aspectos de interés en torno al reconocimiento de las culturas y organización de las minorías se refieren a la cuestión de los derechos humanos y en particular a los derechos de las mujeres. Muchas feministas occidentales, por ejemplo, consideran inaceptable sugerir que las prácticas familiares deban ser opcionales para comunidades separadas. Se trata de un argumento válido, pero hay que recordar que el concepto de culturas étnicas de las minorías arriba presentado incluye la existencia, en el seno de estas culturas, de su propio elemento modernizador. Por esta razón, los asuntos de los derechos humanos y los derechos de las mujeres son un tema natural de diálogo, y nuestro concepto de sociedad multicultural debería incluir en cualquier caso un espacio para el diálogo constante sobre muchos asuntos. Lo que se excluye son las imposiciones simplemente autoritarias y punitivas de la mayoría en la minoría.

Un último punto que señalar sobre el caso moderado del multiculturalismo es que prevé mantener la cultura de la minoría en la forma indicada, no como algo permanente sino por un periodo de tres o cuatro generaciones. Después de eso quedará una etnicidad simbólica y la conservación de un legado también simbólico por medio de festivales y otros eventos parecidos. Esta etnicidad simbólica se concilia fácilmente y en general se consideraría enriquecedora para la cultura; sin embargo, esto no quiere decir que, durante las primeras tres o cuatro generaciones, el reconocimiento de las culturas de las minorías deba limitarse a sus aspectos exóticos, y ocurre que quienes no están listos para tratar los problemas reales de las minorías de inmigrantes tienden a distraer la atención sólo hacia dichos aspectos exóticos. En muchos países, y entre los grupos nacionales más conservadores, se evitan las zonas más difíciles de negociación y en su lugar se prefiere favorecer a las recepciones étnicas simbólicas y a festivales o celebraciones.

LA ETNICIDAD AGRESIVA

No cabe duda de que hoy en día la etnicidad tiene poco prestigio. Esto se debe en particular a la vigencia, en la Yugoslavia antes multicultural y multinacional, de la noción de depuración étnica. Con todo, es una lástima que el temor a la etnicidad agresiva de tipo yugoslavo a menudo se vea como razón para oponerse a las etnicidades minoritarias de los Estados democráticos del occidente europeo. En realidad, esos grupos no atacan a otros grupos y se interesan sobre todo en integrarse a la sociedad moderna. La principal tendencia hacia algo como la depuración étnica procede del Estado-nación mismo, debido a que una sociedad basada en la ciudadanía y la ideología del nacionalismo no tiene espacio para una etnicidad subordinada. Todavía más, se da el caso de que haya que depurar o eliminar a otras etnicidades donde una etnicidad lateral participa en el gobierno del Estado.

Francia es el caso más claro de sociedad fundada en la noción de ciudadanía y en la ideología del nacionalismo modernizador, donde la tendencia natural es negar y tratar de destruir la etnicidad de las minorías. En Alemania existe el segundo tipo de dominio étnico; prevalece la creencia de que hay un *volk* anterior a la noción de la ciudadanía, entre cuyos miembros están incluidas numerosas personas que ni siquiera viven en el Estado-nación, a la vez que se excluye a otros, que pueden ser residentes, pero no son miembros del *volk*.

LA IDENTIDAD NACIONAL Y SUPRANACIONAL

Actualmente se discute en la Unión Europea la posibilidad de una identidad que trascienda la de los Estados-nación europeos. Esto se topa en seguida con el problema de la resistencia que surge de los complejos nacionalismos de los Estados miembros. Entonces se trata de definirla mediante un contraste con las entidades extraeuropeas y de poner el acento en los elementos que tienen en común los Estados europeos. Muy a menudo lo anterior significa diferenciar a los europeos a partir del color de la piel y de su religión. Se considera que la Unión consiste en naciones cristianas blancas; sin embargo, lo anterior está reñido con cualquier definición que los Estados miembros puedan elaborar de sí mismos como multiculturales. De esta manera, se trata la posición de las minorías de los Estados miembros como problema residual.

A las minorías que no tienen la piel blanca ni son cristianas, y que están en desventaja por su raza, color o religión, se les ha agrupado junto con los *gastarbeiders*, aunque son ciudadanos plenos desde el punto de vista político en una organización llamada Foro de los Emigrantes. Lo que puede hacer dicho organismo es unir a todas estas minorías fuera del ámbito político principal y atribuirles una identidad separada. Las minorías podrían, es cierto, utilizar semejante foro para negociar con mayor eficacia con sus propios Estados-nación, pero si hubiera una ciudadanía e identidad europeas, no formarían parte de ella.

Estos problemas están lejos de haber sido resueltos y, por el momento, la Unión Europea será una alianza de Estados-nación tradicionales, todos muy afectados por la ideología del nacionalismo, pero sin permitir que se resuelvan sus problemas relativos al trato que se da a las minorías étnicas. Sin duda es probable que se debilita toda política desarrollada por estos Estados-nación, al tratar de ocuparse directamente de las minorías de emigrantes, aunque de manera residual, a la vez que, mediante sus políticas regionales, ofrezca también beneficios directos a los grupos subnacionales autóctonos. Estas tendencias contradictorias quizá signifiquen que no se tratará con eficacia el problema de unir a los Estados-nación ni de integrar a las minorías.

CONCLUSIONES

El problema del nacionalismo en Europa es, sin duda, muy complejo y ha adquirido nuevas dimensiones frente al avance hacia una unión supranacional y de cara a la inmigración. Básicamente, las naciones modernas de Europa occidental y de los Estados Unidos de América tomarán en cuenta la noción de ciudadanía. Si se habla de identidad para referirse sólo a la identidad de la ciudadanía, esto no tiene, por sí mismo, ninguna implicación de pertenencia afectiva. No es sorprendente, entonces, que la ciudadanía no se vea simplemente como atributo de un grupo particular sino como algo con valor universal. La identidad en el sentido de pertenencia afectiva y moral, sin embargo, va con los “estilos de vida” de los miembros de la nación, o por lo menos del grupo dominante. La ideología del nacionalismo también tiene matices morales si se sugiere que pertenecer a la nación representa un orden más elevado de existencia humana.

Por lo general, también la nación ha combatido la guerra contra otras naciones y esto refuerza poderosamente el sentimiento de pertenencia. Todo ello podría permanecer latente a menos que las circunstancias históricas hagan que la nación basada en la ciudadanía y los estilos de vida de sus miembros se vean amenazados por entidades supranacionales o por extraños que llegan de fuera. En estas circunstancias, es probable que surja un nuevo tipo de nacionalismo basado en lo que se convierte en una comunidad de resistencia. Estos nuevos nacionalismos de los Estados-nación con dificultad ofrecerán una base de unión internacional más estrecha o de integración pacífica de los nacionales con las minorías de inmigrantes, pues representan una nueva ideología reforzada y reaccionaria de las comunidades amenazadas.

Traducción de Rosamaría Núñez

BIBLIOGRAFÍA

- Durkheim, E., 1964, *The Division of Labor in Society*, Free Press, Glencoe, Illinois.
- Gellner, E., 1983, *Nations and Nationalism*, Blackwell, Oxford.
- Guibernau, M., 1995, *Nationalisms*, Polity Press, Cambridge.
- Hammar, T., 1983, *European Immigration Policy*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Marshall, T. H., 1950, *Citizenship and Social Class*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Radtke, F.-O., 1994, “The Formation of Ethnic Minorities and the Transformation of Social into Ethnic Conflicts in a so-called Multi-Cultural Society. The Case of Germany”, en J. Rex y B. Drury, *Ethnic Mobilization in a Multi-Cultural Europe*, Avebury, Aldershot.

- Rath, J., 1991, "Minorisering: De Social Constructe van Ethnische Minderheden", tesis doctoral, Universidad de Utrecht.
- Rex, J., 1996, *Ethnic Minorities in the Modern Nation State*, Macmillan, Londres y Nueva York.
- Rex, J. y B. Drury, 1994, *Ethnic Mobilization in a Multi-Cultural Europe*, Avebury, Aldershot.
- Rex, J., D. Joly y C. Wilpert, 1987, *Immigrant Associations in Europe*, Gower, Aldershot.
- Schierup, C. U. y A. Alund, 1990, *Paradoxes of Multi-Culturalism*, Avebury, Aldershot.
- Schlesinger, A., 1992, *The Disuniting of America*, Norton, Nueva York.
- Smith, A., 1986, *The Ethnic Origins of Nationalism*, Blackwell, Oxford.
- Weber, M., 1968, *Economy and Society*, Bedminster Press, Nueva York.
- Wieviorka, M., 1994, "Ethnicity as Action", en Rex, J. y B. Drury, *Ethnic Mobilization in a Multi-Cultural Europe*, Avebury, Aldershot.